



1 de diciembre de 2025

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Este mes en Via Fidelis, nos centramos en compartir y disfrutar del rico simbolismo de nuestra fe, especialmente durante el tiempo de Adviento que conduce al nacimiento de nuestro rey salvador, Jesucristo. He querido reflexionar sobre algunos de estos símbolos, y los invito a compartir esta información con quienes no estén muy familiarizados con la fe católica. Son signos externos de una realidad espiritual que puede escapar al ojo humano.

Hay dos colores que utilizamos al entrar en cada tiempo de Adviento: el morado, color tradicional de la realeza, y el rosado, color de la alegría.

El púrpura nos recuerda que el Mesías predicho a los israelitas en el Antiguo Testamento está a punto de ocupar su trono. Los antiguos hebreos creían que el salvador sería un político poderoso o un líder militar que les libraría de la ocupación romana, pero nosotros sabemos en retrospectiva que Cristo vino como un bebé pequeño para salvar al pueblo elegido, incluidos nosotros. ¡Guau!

El púrpura también representa la penitencia: la oración, el ayuno y la limosna. Así como observamos durante la Cuaresma, estamos destinados a prepararnos espiritualmente en esta temporada. Adviento, de la palabra latina *adventus*, significa literalmente “llegada”. Como en la parábola de los invitados a la boda, debemos estar siempre preparados para el regreso de Cristo. El rosado, el otro color del Adviento, lo vemos durante una semana del tiempo litúrgico. Lo llamamos Domingo de Gaudete, que significa “alégrate”. Este color representa la alegría, ese don del Espíritu Santo que eleva nuestros corazones para alabar a Dios con nuestro intelecto, voluntad y emociones.

Las coronas que vemos en la Iglesia (y esperamos que en nuestros hogares) datan de la Edad Media. Su forma redonda simboliza la eternidad de la promesa de Dios, y las hojas perennes, como las del árbol, nos recuerdan el amor inagotable e interminable de Dios por cada uno de nosotros. Los animo a tomarse un tiempo para leer la historia de los orígenes del árbol de Navidad de San Bonifacio.

Las velas nos recuerdan la luz de la fe. Cristo nos enseñó a no esconder nuestra luz bajo un cajón (Mt 5,15). La palabra audaz y a la vez tranquilizadora del Evangelio nos recuerda aquel momento en que los ángeles comunicaron la noticia de la venida de Jesús a los pastores del campo.

Cuando miren la escena del pesebre, fijense en cada animal y piensen en ese lugar donde nació Jesús. Acostado en un comedero, prefiguró el don de su cuerpo y de su sangre que derramaría por nosotros en la cruz.

Este Adviento, abran los ojos a los bellos y antiguos símbolos de nuestra fe católica y universal. Que la paz y la alegría del Señor los llenen de la resolución de prepararse para la venida de Jesús.

En el amor de Cristo,



Excmo. Mons. Jacques Fabre-Jeune, CS  
*Obispo de Charleston*